

Fernando García de Cortázar

España, entre la rabia
y la idea

Alianza Editorial

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

© Fernando García de Cortázar, 2018
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-132-9
Depósito legal: M. 4.731-2018
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 13 PRÓLOGO

- 25 LOS INTELLECTUALES Y EL COMPROMISO
- 25 Menéndez Pelayo, la nación hecha historia
- 28 El 98, los intelectuales se movilizan
- 31 España en el sueño regeneracionista
- 35 El catalanismo y la unidad de España
- 38 1914, la España de la rabia y de la idea
- 42 Lerroux y los otros catalanes
- 46 Ante una Europa en guerra
- 49 La frustración del catolicismo social

- 53 LA HISTORIA DESORIENTADA
- 53 La escisión de los intelectuales
- 56 Unamuno frente a la dictadura
- 60 Azaña, la madurez de una vocación política
- 63 Maeztu y la España del catolicismo integral
- 66 La España poética del 27
- 69 Un proyecto socialista para España
- 73 Los desertores de la monarquía

- 76 Por un Estado nacional
79 La llegada del fascismo
83 Azaña, la conciencia de la República
- 87 PRIMAVERA DE LA RAZÓN
87 La gran esperanza de 1931
90 Elogio de los regeneracionistas republicanos
93 Alejandro Lerroux, el ultrajado
97 Gil Robles, el posibilismo
100 Pestaña y el sindicalismo moderno
103 Maeztu y Pradera frente a la República
107 «España ha dejado de ser católica»
110 Herrera Oria y la revisión constitucional
113 Ortega y la rectificación de la República
116 El Estatuto de Cataluña
120 Cambó y la España de la concordia
123 El esplendor de la generación del 27
126 *Cruz y Raya*, el catolicismo crítico
130 La lucha por un patriotismo cultural
133 Antonio Goicoechea y el monarquismo integral
137 Menéndez Pidal y la herencia viva de una nación
140 Luis Lucia, la dignidad de un cristiano
143 En defensa del Estado de derecho
147 José Antonio, el fervoroso afán de España
150 Joan Peiró, la honra de un obrero español
153 La frustrada unión de los moderados
157 El naufragio del republicanismo centrista
160 No fue posible la paz
164 Giménez Fernández y la justicia social
167 El hundimiento del socialismo reformista
170 Fal Conde, el tradicionalismo revivido

- 174 La soledad de Ramiro Ledesma
177 Lorca y el presagio de la muerte
180 Elegía de Miguel Hernández
184 La realidad y el deseo
187 1936, la profanación de la primavera
190 Últimas llamadas a la paz
194 Viaje al fondo de la noche
- 199 LOS ODIOS QUE ME HABITAN
199 Tierra de nadie
202 España a solas
206 Pasión de los humildes
210 Unamuno, la expiación final
213 José Antonio, víspera de la muerte
216 Machado, la cultura contra el folclore
220 Azaña, una nación en guerra
223 García Morente se hace sacerdote
226 La fiesta republicana de la raza
229 Marañón, el aprendizaje de la adversidad
232 La doble derrota de Joaquín Maurín
236 Manuel Hedilla, el mito y la realidad
239 Andreu Nin, la otra revolución pendiente
243 Mercedes Fórmica, palabra de mujer
246 María Zambrano: España, sangre universal
249 Brasillach y el mito de la España fascista
253 Bernanos, la conciencia de un cristiano
256 Simone Weil, la rebelión del espíritu
259 Sobre una tierra exhausta
- 265 AL PASO TRISTE DE LA PAZ
265 Dolor de la España peregrina

- 269 Carles Riba, el sentimiento de la lengua catalana
272 La revista *Escorial*
276 Maravall y la teoría española del Estado
279 Juan Ramón, el exilio del lenguaje
282 La Antígona de Antonio Tovar
286 Menéndez Pidal y los españoles en la historia
289 Carmen Laforet y el nuevo realismo
292 José Hierro y el retorno de la poesía
296 Ortega en otra circunstancia
299 Blas de Otero, por Dios y por los hombres
302 Aleixandre, la resistencia de la belleza
305 Dámaso Alonso, *Hijos de la ira*
308 Problematizar España
313 Ridruejo en la crisis de su generación
316 El último Salinas
320 El vuelo de Claudio Rodríguez
323 La disputa del siglo
328 Vicens Vives, historia frente a mitología
331 Gabriel Celaya, España en carne viva
334 Sánchez Ferlosio, el español rescatado
338 Sueño patriótico de Buero Vallejo
- 343 LAS PUERTAS DEL FUTURO
343 1956, hacia la reconciliación
347 Salvador Espriu, contra el odio
350 *Últimas tardes con Teresa*
353 Ángela Figuera, amor rabioso a España
357 Entre Sartre y Camus
360 El cristianismo vivo de Juan XXIII
363 La barca de Pedro se mueve
367 Al encuentro de Gramsci

370	Cirlot en su plenitud lírica
374	El silencio de Gil de Biedma
377	Saura en una tierra baldía
380	García Pavón y la novela negra
384	El 68 que nunca existió
387	La gloria de una lengua
390	Por una historia viva
394	El cine de la nostalgia
397	Vigilia de España
401	Pérez Galdós, una pasión española
404	La discreta inmortalidad de Machado
408	Entre Ridruejo y Semprún
411	A la calle que ya es hora
415	La merecida libertad
421	EPÍLOGO. DESDE ESTA ESPAÑA
437	ÍNDICE ANALÍTICO

PRÓLOGO

El problema de España, España como problema, España sin problema, la España sin pulso, las dos Españas, la tercera España, la España invertebrada... Nuestros libros de historia agrupan las referencias a una angustia, a una inseguridad, a un complejo de falta de realización. Pero también invocan una empresa apasionante, una tarea cívica incansable, en cuya realización se define el carácter de una nación. No hay comunidad política que, disponiendo de tan firmes raíces en el tiempo y en la cultura de Occidente, se haya interrogado sobre su solidez, su pasado y su viabilidad con tan conmovedora y arriesgada inquietud. Con sesenta años de diferencia, dos políticos de envergadura dijeron que es español el que no puede ser otra cosa... y que ser español es una de las pocas cosas serias que se pueden ser en este mundo. Desgraciadamente, ahora no faltan quienes piensan que ser español es algo exótico, una de las pocas cosas serias que no se pueden ser en este mundo, sea ello serio o divertido. Esta debilidad del sentimiento nacional nos diferencia de todas las naciones de nuestro entor-

no, donde la pertenencia a una comunidad se da por sentada y se recibe gozosamente como una herencia cívica.

«¿Qué es una nación si no es un principio?», escribió un Ortega enfrascado en los primeros esfuerzos para dar consistencia ideológica a los jóvenes reformistas de la generación de 1914. Aquel grupo de intelectuales obsesionados por la modernización de España se asomaba con inquietud a la Historia, tratando de ver en ella el lugar ocupado por nuestro país y, en especial, su proyección en el devenir de Europa y en el quehacer universal. Hace cien años, quienes mejor muestra dieron de su voluntad de conducir España a la modernidad europea lo hicieron desde el exigente respeto a una trayectoria nacional propia, mediante la que podría abordarse la reforma radical orientada al bienestar del pueblo y a la eficacia del gobierno. España no necesitaba afirmar una voluntad de ser sino la decisión de seguir existiendo. Precisaba señalar el indispensable recuerdo de lo que había aportado a la historia de Occidente y la determinación de permanencia para renovar esa contribución decisiva.

Por desgracia no es ese el panorama sentimental y social de la España de hoy, donde la liquidación de la cultura y el saber humanístico han tenido consecuencias graves en el despilfarro de una preciosa herencia nacional. No hay duda de que el secesionismo nunca habría alcanzado sus niveles de seducción en estos momentos de desánimo si España hubiera sido definida, anhelada y entregada a la conciencia de los ciudadanos con una intensidad emocional que nunca se apartara de la solidez de las razones que la justifican. Lo que resulta verdaderamente escandaloso, porque responde a una dejación de responsabilidades de los gobernantes, es que los españoles hayan carecido de una idea de nación que les garantice seguridad en estos momentos

de peligro y que permita salir al paso de la ofensiva separatista desde una posición de superioridad intelectual, mayor eficacia política y mejores recursos de veracidad histórica.

El grave problema que ahora estamos sufriendo es que durante estos últimos cuarenta años no se han hecho esfuerzos para nacionalizar España y superar la pobre condición casi exclusivamente administrativa de nuestra patria. No ha sido la norma jurídica lo que nos ha faltado, no ha sido un orden legal el que tanta gente ha echado de menos. Ha sido el sentimiento gozoso de compartir un proyecto que merece ser vivido por todos en el seno de una misma nación, las ganas de existir socialmente como españoles. Sobre este vacío se ha alzado un discurso de separación, sobre la pérdida de lo que, en nuestra larga historia juntos, habíamos llamado «patriotismo».

Y la verdad es que, por motivos que tienen que ver con las tribulaciones de nuestro siglo XX, se ha exagerado la cautela a la hora de ejercer el patriotismo, como si con este se molestara a quienes no han dudado un segundo en propagar, por la tierra, el mar y el aire de sus competencias autonómicas, los argumentos de su independentismo disgregador. Temiendo dramatizar nuestro patriotismo, España dejó de ser una conciencia en tensión para adquirir la forma de unas instituciones rutinarias. Dejó de ser sentida como nación para solo ser considerada como Estado. Nuestra beatífica Transición fue capaz de extirpar de nuestro modo de vida lo que el franquismo había colocado en las virtudes exclusivas de quienes ganaron la guerra. El patriotismo había sido propiedad de algunos, y, al parecer, el remedio no fue nacionalizar de nuevo a los españoles, sino dejarnos a todos sin nación. ¿Habrà que recordar que no fuimos capaces de erradicar el nacionalismo, sino que solo lo desplazamos hacia aquellos que tenían como programa ex-

clusivo la negación de España? Para decirlo de forma más clara aún: ¿habrá que recordar que el solemne aprecio, tan de nuestra izquierda actual, de las místicas nacionalistas de Cataluña y el País Vasco supuso la renuncia a plantear, por lo menos en igualdad de condiciones, la legitimidad de un patriotismo español? De seguro que más de uno se quedará perplejo al sentir en las páginas de *España, entre la rabia y la idea*, el aliento patriótico de una izquierda nacional en circunstancias contun-dentes de nuestro siglo xx.

Estos comienzos de nuestro siglo han reiterado las condiciones de fractura histórica e interpelación sobre el significado de la nación española que se dieron justamente cien años atrás. La diferencia es que, entonces, aquellos jóvenes que ingresaban en un siglo xx de entusiasmo e incertidumbre acompañados irrumpieron decididos en la lógica más exigente de la historia. Todos ellos, llegando de las estribaciones del 98 o presagiando las cumbres de la generación del 14, fueron intelectuales en el sentido estricto que adquirió esta palabra tras el caso Dreyfus. Eran pensadores comprometidos, dispuestos a afrontar los desafíos de su tiempo, líderes espirituales cuya reflexión desembocaba en una severa toma de conciencia. Tejieron un espacio plural, en el que la lucha por la primacía y la ambición de liderazgo nunca estuvieron ausentes del todo. Pero incluso las debilidades humanas del egocentrismo y la soberbia jamás se distanciaron de un lugar de alta graduación moral. En él, las cosas no se despachaban con apuntes superficiales de tertulia omniparlante, ni con el griterío nervioso de algunos debates televisivos, ni mucho menos con la satisfecha vacuidad de las llamadas redes sociales.

Era un territorio fiel a una idea tradicional y permanente de la cultura, donde se pensaba antes de hablar, y donde se es-

cribía con una elegancia y un rigor que todavía nos aleccionan y nos conmueven. Era la inteligencia que se percibía a sí misma como lanzadera de la comprensión de una España en crisis. Era el gusto por la complejidad y los matices alimentando aquella nación en vísperas de todo. Era la rotundidad del compromiso bien documentado ofrecido a aquella patria a punto de superar su languidez con un poderoso ímpetu regeneracionista. Era la dignidad de quienes se creían, más que en el derecho, en el deber de hablar, de escribir, de agrupar opiniones, de sacudir los problemas en el territorio denso de una gran pedagogía nacional.

Lo que caracterizaba a aquellas personas era su patriotismo abierto, su irrenunciable amor a España, su independencia de criterio, su entrega a una verdad atisbada desde diversas perspectivas. Les identificaba su coraje cívico, su valentía intelectual y su absoluta falta de frivolidad, que no es carencia de sentido del humor ni de ironía. Viendo por dónde se están abriendo las costuras de nuestra convivencia, observando dónde se encuentra la brecha más amplia y la dolencia más grave de nuestro cuerpo social, podemos afirmar que la primera preocupación de nuestro tiempo, en esta nación puesta en riesgo por la feroz impugnación de unos y la alarmante indolencia de otros, ha de ser la exposición de las razones sobre las que debe levantarse nuestra idea de España. Avergonzaría a los intelectuales españoles de hace cien años, fueran cuales fueran sus proyectos políticos personales, la forma en que se ha renunciado a una conciencia nacional. Les avergonzaría contemplar cómo se ha cambiado por una fe a profesar en privado o por una ley a defender en público. Les alamaría la ligereza con que se ha depuesto la fuerza de nuestra cultura, el vigor de nuestro significado histórico, la rigurosa exigencia de una em-

presa que no puede revocarse alegremente ni someterse a los dictados de una negociación. Les entristecería la forma en que se ha permitido que llegáramos a este punto, incomprensible sin la odiosa indolencia de quienes creen que una nación se guarda a solas, sobrevive a tientas o es mera inercia que en nada precisa de la voluntad permanente de quienes deben mantener su impulso. Uno de esos intelectuales, Antonio Machado, cuyos versos abrieron en 1915 el primer número de la revista *España*, escribió unas angustiadas palabras que los mayores del lugar nos sabemos de memoria. Aquel español al que hacía referencia, al que una de las dos Españas habría de helar el corazón, es uno de esos españoles en los que hoy contemplamos de nuevo el rostro puro y terrible de nuestra patria. A sabiendas de que la España que muere solo llegará como resultado de otra España, vacía, indolente, sin pulso ni sentido nacional. Una España que bosteza.

Aun en medio de este páramo, no son pocos los españoles que están pidiendo a sus políticos que reivindiquen España sin complejos y que sean conscientes de la consistencia del país al que representan. Que reivindiquen España como nación completa. No solo espacio constitucional de garantía de derechos, sino herencia de siglos e impulso que miró hacia adelante también en una de las épocas, como la centuria pasada, que combinaron con mayor eficacia destructora las ilusiones de la utopía y la atrocidad de las guerras modernas. España como lugar común bajo ese cielo difícil y compacto de una modernidad puesta a prueba por los vaivenes de la revolución y la contrarrevolución. España como territorio en el que sobrevoló la exaltación romántica de las emociones insaciables y la esforzada recuperación del compromiso con la razón moderada. España como espacio físico y cuerpo moral disputado entre quienes

siempre se sintieron españoles. España, también, como experiencia colectiva y personal, como trascendencia de cada uno de nosotros, como sabiduría lentamente sedimentada que nos permite conocer y reconocernos en los actuales tiempos de insolvencia.

Los judíos rezaban en el exilio: «Si me olvido de ti, Jerusalén, que se seque mi mano derecha y la lengua se me pegue al paladar». En momentos en que España está al borde de un exilio moral pedimos a la Historia que nos refresque cómo nuestros antepasados alzaron una patria común, pronunciada desde todas las ideologías, defendida desde todas las culturas, reconocida desde todas las tradiciones. Una nación acotada en los sueños extenuados de muchas de sus gentes, una España de imperfección que exigía la tarea de trabajar sobre ella, una España que no gustaba pero a la que se amaba como territorio de realización de las propias ilusiones. En un tiempo en que nuestra nación es sometida a una prolongada desautorización, *España, entre la rabia y la idea*, reconstruye el esfuerzo de generaciones de españoles que diseñaron el horizonte ideal de una patria venerada, consciente de sí misma, que experimenta cada segundo su propia vitalidad, sin dejar de ver en esas pulsaciones los gestos diversos de un solo cuerpo.

Aun en medio de la desolación, hemos de proclamar, con respeto, paciencia y energía, todo aquello en lo que no hemos dejado de creer. Esa verdad que ha quedado en silencio, sin inteligencia que la actualice ni voz que la enarbole. Esa verdad con la que deberíamos afrontar nuestros graves problemas de hoy, con nuestra conciencia nacional, renacida, con nuestra orgullosa y humilde tradición. Porque en lo que siempre hemos sido, en lo que siempre hemos creído, se encuentran los elementos primordiales de una solución en estas horas de des-

concierto. Y porque solamente recuperando nuestra seguridad, nuestra integridad moral, nuestra confianza, habremos de convencer a los más jóvenes de que no conviertan su comprensible miedo en barbarie y su orfandad cultural en nihilismo.

Desde una primera reflexión acerca de Menéndez Pelayo y su reconstrucción de la historia nacional hasta la consumación del proceso constitucional de 1978 y las embestidas secesionistas del siglo XXI, el objeto de *España, entre la rabia y la idea*, es mostrar esa labor insaciable con la que tantos hombres y mujeres, intelectuales y dirigentes políticos, dramaturgos y poetas, directores de cine y cantautores, seguidores de la derecha y de la izquierda, dirigentes sindicales y representantes de la clase media, católicos y agnósticos, fueron dando un significado preciso a la idea de España. Era, en la inmensa mayoría de los casos, una búsqueda afanosa de la conciliación, un ávido deseo de convivencia, un doloroso cotejo de nuestras penurias colectivas. Era el estimulante esfuerzo por mejorar, en justicia, libertad y ambición histórica, esta vieja nación a cuyo pasado nadie puede ni debe renunciar. Un centenar de artículos publicados los domingos en *ABC* constituye el sustrato de un libro que en todo momento pretende acompañar al lector en su reflexión sobre la grave hora de nuestra patria y llevarle al encuentro de quienes desde hace más de un siglo pregonaron las razones de España. Precisamente en unos tiempos en que a la crisis devastadora que ha desmoralizado a nuestra sociedad se ha sumado el desprestigio de sus instituciones nacionales y el debilitamiento de la voluntad colectiva que las sustenta.

Para nuestra desventura, España carece hoy de esa mirada, capaz de dotar de sentido histórico a lo que nos ocurre, de in-

sertar nuestras vicisitudes en una memoria nacional, donde el recuerdo de aquellas ocasiones en las que hemos sabido salir adelante nos proporcione una esperanza bien fundada de recuperación. Gobernar es dirigir, asumir responsabilidades históricas, disponer de una ambición con la que se ilusione a la ciudadanía. Gobernar no es asumir una intendencia rutinaria, sino imaginar un futuro mejor. Ese espacio de la sociedad donde debería haberse preservado una personalidad cultural, una forma de ser y de hacer, agoniza. Numerosos españoles son víctimas de una expropiación de bienes culturales y serenidad cívica, de una mutilación de recuerdos y aprendizaje político, de un pillaje del patrimonio acumulado durante siglos.

¿Cómo hablar del proceso intelectual en el que fue tejiéndose una idea de España sin hacer hincapié hoy en Cataluña, donde tan claramente expuesta queda la debilidad de nuestra conciencia nacional? ¿Cómo mirar a ese pasado inspirador sin referirnos al momento en que lo contemplamos entristecidos por la dilapidación de todo un acervo cultural y un legado de experiencias compartidas que nos permitieron, incluso tras la espantosa peripecia de la guerra civil, recuperar nuestra dignidad de ciudadanos y nuestra altura moral como comunidad política en los años difíciles de la Transición?

Esa España cuya experiencia histórica es saqueada por los salteadores ideológicos del separatismo; esa España a la que algunos capataces de provincias insultan desde el desalmado caudillismo de sus naciones imaginarias; esa España sin cuerpo y sin conciencia, limitada a las cláusulas de un acuerdo ante notario... Esa España poco tiene que ver con la manera en que fue pensada, sentida y escrita por poetas y políticos que quisieron vivirla y hacerla vivir en su palabra, a lo largo de un siglo. Fue en otros tiempos de cólera, cuando la guerra fratricida aún

humeaba en el recuerdo. Cuando la tierra de España sufría aún las cicatrices de la contienda y el espíritu de los españoles padecía el cautiverio del resentimiento. Fue en otros tiempos que midieron nuestra estatura, que fijaron el valor de nuestra condición, que averiguaron hasta qué punto España había muerto o si, salida de una experiencia atroz, había afirmado su voluntad de existir como nación.

Llegados a este punto, cuando no cesa el rayo de la impugnación de los separatistas y de la indiferencia cultural de las izquierdas y las derechas que deberían defender España como lo hicieron sus antecesores con mucho mayor riesgo que el de perder unas elecciones o el de ofender a provincianos, tecnócratas y aliados circunstanciales para la aprobación de presupuestos; llegados a este punto, ¿qué nos dicen estos cien años?, ¿qué nos susurra España desde el fondo de este siglo tras haberla escuchado de nuevo en la voz de nuestros mejores compatriotas?

España proclama, en primer lugar, que nuestra nación es el fruto de una voluntad sostenida a lo largo de una prologada transición por la historia. Que es resultado de un proceso de integración consciente, no de la casualidad ni del contrato desdeñoso e interesado. Expresa, además, que esta voluntad se ha basado en leyes, en derechos preservados y en el control de la autoridad, porque para los españoles siempre estuvo el origen de la soberanía en la comunidad, y solo pudo ejercerse el poder en el nombre del pueblo y en la práctica del bien común.

Pero nos dice, también, que junto a esas leyes y constituciones, nuestra nación se basó en la construcción de un espacio de valores compartidos que son los de Occidente, hijo de la tradición clásica, del cristianismo, del humanismo renacen-

tista, de la Ilustración y del reformismo social. Que en ese respeto a la dignidad del hombre, en el culto a la compasión, en la veneración del carácter sagrado de nuestra experiencia en la tierra, se dio por supuesto que nuestra sociedad nunca interpretaría la secularización como el abandono de una concepción del hombre identificada con la tradición cristiana. La lucha entre laicistas y católicos, el combate estéril de clericales contra anticlericales, se debió a que ni unos ni otros entendieron que los principios de igualdad, libertad, fraternidad y progreso eran la traducción al mundo contemporáneo de ideales ya enunciados por un mensaje evangélico que no puede arrancarse de nuestra idea del mundo sin lesionarlo de manera irreparable.

Nos dice España que la nuestra no ha sido la historia de un fracaso ni la crónica de una inferioridad. Nuestros tiempos de violencia e incompreensión no fueron más desdichados que los de otros países europeos en los años que se iniciaron con la Gran Guerra. Lo que ocurre es que nuestra conciencia, arraigada en tanto tiempo de pasión por la libertad del hombre, de lucha por su libre albedrío, de defensa del derecho de gentes, de construcción de un Estado en el que al rey se le recordaba continuamente su autoridad limitada por la moral, hizo que nos costara mucho más olvidarlo todo y perdonárnoslo todo. Nos sumió en una larga penitencia que llegó a hacernos pensar que España era una nación frustrada, irremediable, de espíritu angosto y futuro cancelado. Hizo que, mientras Europa salía a flote aceptando su pasado, nosotros entendiéramos que la tragedia de 1936 no era un hecho histórico, sino un elemento sustancial de nuestro carácter.

Haber sabido salir de ese callejón embrutecido con una Transición cuyo espíritu hay que defender a toda costa en es-

tos momentos nos muestra cómo España estuvo no solo a la altura, sino muy por encima de lo que otras naciones fueron capaces de hacer consigo mismas. No creamos una nación, pero le dimos el único sentido integrador y democrático que podía tener para que todos la consideraran propia. Y ese proceso admirado en todas partes solo sirve aquí para vilipendiar a una generación entera de ciudadanos valientes, a una gran nación de patriotas libres, que demostraron hasta qué punto erraba el pesimismo de un fin de siglo que ha parecido reiterarse cien años después en esta miserable impugnación de nuestra existencia colectiva.

Sostiene España que todo se hizo, además, con un inmenso respeto a la cultura, porque ha sido ella la que nos ha mantenido alzando el pulso de nuestra nación en los momentos más terribles. Un país en el que nacen y escriben poetas como Lorca, Machado, Cernuda, Aleixandre, Hidalgo, Otero, Figuera o Cirlot, y en el que Riba y Espriu evocan la fuerza diversa de su espíritu, no puede ser una mentira. Una nación que se sueña con tal intensidad no puede ser un error. Una patria escrita así no puede ser una concesión a la oportunidad política, ni un acomodo de coyuntura, ni el producto bastardo de una negociación. En la sobria y clara perspectiva de quienes a lo largo de estos últimos cien años proclamaron desde la intemperie y la expropiación su lealtad a una cultura que nos proporciona significado, manifestemos aquí nuestro deseo de restauración de una patria libre, integradora y consciente. Como quien medita en el rincón más triste de la historia, como quien espera el alba.

LOS INTELLECTUALES Y EL COMPROMISO

MENÉNDEZ PELAYO, LA NACIÓN HECHA HISTORIA

Recordamos con vergüenza ajena el aire de trámite de urgencia burocrática con que se despachó el centenario de la muerte de Menéndez Pelayo en el 2012. Ya estamos resignados a que cualquier homenaje a quienes han sido forjadores de una conciencia nacional carezca de lo que ha venido en llamarse «olor de multitud». Pero cabía esperar que una minoría que se pretende selecta ofreciera su colaboración al indispensable cultivo de nuestra memoria nacional. Ni los poderes públicos que habrían de identificarse con las inquietudes de don Marcelino; ni los medios académicos que habrían de pensar rigurosamente la historia cultural de España, ni la muchedumbre de intelectuales a quienes debería exigirse que descubrieran los orígenes de nuestro pensamiento crítico contemporáneo parecieron haberse dado cuenta de la circunstancia tan propicia y exigente que teníamos ante nosotros. Porque en el año 2012 coincidía el desafío lanzado por el separatismo no solo